

Venganza

Estamos en paz, pensó. Una llamarada envolvía con avaricia el caserón hortera con pretensiones de castillo que empezaba ahora a caerse por trozos: la chimenea, la torre, el dintel de la enorme puerta de madera...

Con una tranquilidad exasperante, el crío se sentó a contemplar la escena. Cuando empezaron a llegar curiosos, bomberos y policías, montó en su bici y desapareció. Hoy haría un precioso día de playa y estaba seguro de que el hijo del vecino no se atrevería a pisarle de nuevo su castillo de arena.